



¿UNA HISTORIA MÁS DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA?

ALEJANDRO ESTRELLA GONZÁLEZ
RODOLFO GUTIÉRREZ SIMÓN

Randall Collins, Pierre Bourdieu, Karl Mannheim, Roger Caillois o William James son nombres desde los que puede producirse –y, en realidad, se ha producido– una filosofía española contemporánea fecunda. En buena medida, eso es lo que este libro pretende ofrecer: la prueba de que, lejos de posicionamientos chovinistas, el pensamiento en nuestra lengua no es ni ha sido una experiencia asilada del contexto internacional, ni ajena a fecundos desarrollos en los márgenes de la filosofía.

Quizá esta aproximación al libro resulte un tanto heterodoxa: en lugar de mostrar *lo que es*, nos ha parecido más adecuado mostrar *lo que no es*. La justificación para este arranque es, precisamente, la misma que nos llevó a la idea de publicar esta obra: advertimos la necesidad de reunir una serie de textos que cupieran bajo la categoría «filosofía española contemporánea», pero que *no fuesen* un mero manual en el que se ofrezcan visiones más o menos sintéticas de los temas sobre los que esta se ha venido configurando; queríamos confeccionar un volumen que *no fuese* una rancia repetición de tópicos en los que la filosofía en nuestra lengua apareciera como mera heredera del pensar germánico, aderezada con giros literarios y preocupada por lo que España es o deja de ser *esencialmente*. Si el lector o la lectora va buscando esa clase de materiales, no los encontrará aquí. Por suerte, son muchos (y algunos muy buenos) los libros que podrán saciar su sed de conocimiento.

Entonces, ¿qué es positivamente este libro? *Entre textos y contextos: ensayos de filosofía española contemporánea* es una selección de textos de diversas autoras y autores movidos por una doble fuerza directriz. Por una parte, el volumen reúne una serie de trabajos en los que se reflexiona sobre corrientes, autores, movimientos y tendencias relevantes para comprender la filosofía española contemporánea, desde su génesis –que podemos ubicar en los albores del siglo XIX– hasta la fecha de publicación del ejemplar que el lector tiene en sus manos. Sin embargo, el enfoque se aleja de los



manuales a los que nos hemos referido con anterioridad. Y aquí interviene la segunda fuerza directriz: los textos son una suerte de radiografía de filosofía en español *en marcha*. Los capítulos que componen la obra son trabajos que, lejos de mostrarse como conclusiones, tienen el afán de movilizar a la inteligencia en lengua castellana para repensar sobre los temas ofrecidos, sobre las obras analizadas y sobre los autores y autoras que se han estudiado. De esta manera, las herramientas que intentamos proporcionar (bien de manera explícita como tales, bien en su uso) podrán llevarse a otros textos, autores y tendencias que de ninguna manera pretendemos excluir de canon alguno.

Hemos mencionado el carácter de este libro, su justificación y *lo que es*. Si descendemos brevemente al contenido expreso, nos encontramos con una serie de trabajos que cabe agrupar de distintas maneras. La ordenación cronológica respecto al tema abordado por cada capítulo nos pareció la forma más clara de ofrecer al lector su contenido. Comenzado con la transición de la escolástica del Antiguo Régimen a las filosofías del periodo liberal, merced a las grandes reformas de la primera mitad del siglo XIX, el volumen avanza –y explica en gran medida– el auténtico parteaguas que supone el pensamiento de Ortega, semillero del que cabe remontar diversos cursos, como la Escuela de Madrid, el exilio filosófico o la filosofía de la técnica. A partir de esta herencia, el relato se adentra en evoluciones posteriores de la segunda mitad del siglo XX (el marxismo, el feminismo, la filosofía y la analítica), que enlazan con nuevas propuestas para el siglo XXI.

Pero, como señalábamos más arriba, este itinerario puede recorrerse de forma alternativa. Las contribuciones a este volumen pueden entenderse como entradas laterales a ciertos problemas esenciales a las formas de vida intelectual y, específicamente, de la vida filosófica. Cabría hablar así del problema de la demarcación y la relación de la filosofía con otras disciplinas, particularmente con las ciencias sociales y la historiografía. A lo largo de estas páginas el lector podrá comprobar, no solo cómo la filosofía española se desarrolló en diálogo permanente con las ciencias, sino hasta qué punto una estrategia de hibridación genera rendimientos metodológicos. Uno de los rasgos fundamentales de este volumen es su clara apuesta por superar una historia internalista y autorreferente de la filosofía, recuperándola como una práctica intelectual inserta en contextos sociales complejos y en tramas conceptuales de larga duración, sin recaer, por todo ello, en una suerte de sociologismo o un historicismo reductor. Esta ambición por situar los textos en sus contextos, no solo se enarbola como, siguiendo en este punto a José Luis Moreno Pestaña, crítica de una *norma de la filosofía*

reducida al eterno comentario de texto, sino que arroja una interpretación más compleja del fenómeno histórico de la filosofía española contemporánea. La hibridación de roles, tal y como señala Randall Collins, permite dotarse de herramientas para interpretar una serie de fenómenos intelectuales que el lector encontrará en los textos de Jorge Costa, Aurelia Valero, José Luis Moreno Pestaña, José Sarrión, Francisco Molina, Jesús Ángel Ruiz, o Francisco Vázquez: la transmisión generacional, los conflictos de autoridad simbólica con el objeto de definir los recursos filosóficos legítimos, la complejas relaciones entre tomas de posición intelectuales y políticas, las condiciones de entrada –no exclusivamente filosóficas– exigidas para formar parte del mundo filosófico, el papel del individuo creador y lo que este debe a las redes intelectuales en las que se inserta y al menú de trayectorias profesionales a las que tiene acceso bajo una determinada coyuntura.

A partir de este enfoque sociohistórico emerge una historia de la filosofía española contemporánea alternativa a las narrativas tradicionales. En este sentido, uno de los rasgos más destacados es aquel al que nos referimos al comienzo de esta presentación, y que supone una ruptura con esa línea de lectura según la cual la filosofía española, por mor de su peculiar expresión ensayística y aparentemente asistemática, es un caso aparte de la mundial; igual que, sin negar sus peculiaridades, tampoco nos parece que pueda entenderse la política o la historia de España como un caso al margen (ni para bien, ni para mal) del orden mundial. Por este motivo, otra posible agrupación de textos podría llevarse a cabo atendiendo al diálogo entre la filosofía española y la del resto del mundo.

Desde esta perspectiva tiene sentido vincular la filosofía orteguiana con propuestas anglosajonas, tal y como hace Rodolfo Gutiérrez sobre el caso particular de la noción de *concepto*; y solo así puede entenderse el feminismo de Celia Amorós, tal y como lo muestra la profesora Luisa Posada Kubissa: es un *feminismo filosófico* que parte de la lectura de la Ilustración europea para dar un giro más hacia una crítica de la crítica, capaz de irracionalizar el poder vigente desde una visión genealógica de la legitimidad patriarcal hasta hoy imperante. Asimismo, tal y como evidencia José Luis Villacañas, es imposible entender la génesis de *El hombre y lo divino* (y buena parte del pensamiento zambraniano en general) sin prestar atención a obras como las de Caillois o, de manera menos directa, de Rudolf Otto. Este rasgo de la filosofía española no es algo nuevo. Puede rastrearse en los orígenes de la propia filosofía contemporánea. Como muestran Rafael Orden y Alejandro Estrella, el arraigo y desarrollo del krausismo en



Alejandro Estrella González - Rodolfo Gutiérrez Simón

España reclama una explicación que no puede por más tiempo remitir a una supuesta excepcionalidad española, sino que debe interpretarse como una respuesta contingente a problemas comunes de la filosofía europea.

LOS TEXTOS QUE INTEGRAN ESTE VOLUMEN

El presente volumen abre precisamente con «Los inicios del krausismo en el contexto de la formación de los estudios superiores de filosofía», dónde Rafael Orden da cuenta del desarrollo de la filosofía krausista en España a partir de dos ejes esenciales: la historia institucional de la filosofía en el sistema de enseñanza y su relación con los diferentes proyectos ideológicos del temprano liberalismo hispano.

Tras discutir las razones intelectuales e ideológicas que llevaron a la marginación de los estudios de filosofía durante los proyectos de reforma educativa del liberalismo doceañista –entre ellas, la voluntad de generar una alternativa a la metafísica escolástica de raíz aristotélica–, Orden da cuenta de cómo los liberales isabelinos sustituyeron la influencia que había ejercido sobre la generación anterior el enciclopedismo, el sensualismo y el pactismo de Rousseau, por el eclecticismo de Cousin y el doctrinarismo de Guizot, lo que se tradujo en una revalorización de la filosofía y su rehabilitación en el currículum escolar. Sobre esta nueva base, se produjo la recepción del krausismo en España.

El motivo radica en el hecho de que el krausismo comenzó siendo una filosofía importada por las redes políticas e intelectuales del moderantismo, en tanto que se entendió como una adecuada evolución del doctrinarismo y el eclecticismo francés, capaz por tanto de situarse frente al sensualismo y frente a la vieja metafísica escolástica, a la vez que dotaba de un suelo seguro desde el que fundar las ciencias morales y políticas. En este marco intelectual, Orden reconstruye las sucesivas reformas que, no sin conflicto, van dotando a la filosofía de un especio académico específico. Es importante insistir en que el autor no limita el fenómeno de la recepción del krausismo a esos marcos institucionales. Orden no deja de considerar como un factor esencial las actitudes y valoraciones sobre la filosofía que se generaron en función de las diferentes concepciones del saber y la ciencia, las cuales, a su vez, se habían forjado en el marco de los proyectos ideológicos que competían en el campo del liberalismo hispano.

Por su parte, Alejandro Estrella estudia en «Orígenes de la filosofía española contemporánea: carreras profesionales y tipos filosóficos» las características de la filosofía española durante la etapa isabelina y el Sexenio democrático, partiendo de la tesis de que es aquí donde se generaron



las bases de la filosofía española contemporánea y cuando adquirió rasgos esenciales, que pueden rastrearse en las generaciones del 98 y del 14.

Estrella propone vincular las tomas de posición filosóficas de una muestra de 81 filósofos con las trayectorias profesionales posibles, que a su vez asocia a seis redes filosóficas. Estas trayectorias profesionales se encuentran además prefiguradas por determinados diseños institucionales y procesos históricos como son: la construcción del estado liberal, la autonomía universitaria y la secularización. Basándose en un trabajo de sociología cuantitativa previo, Estrella muestra las diferentes posibilidades que existían de «ser filósofo» y situarse frente a las polémicas que ocupaban el centro de atención: desde una filosofía oficial y dominante, marcada por la importancia del derecho y la retórica, pasando por el krausismo, entendido como una filosofía académica de reforma universitaria, y su contraparte, el neocatolicismo, pensamiento mundano y combativo que nació como respuesta al complejo desafío de la secularización, hasta llegar a la red eclesiástica, con su lógica particular y su intento por rearmarse frente a los diferentes idealismos.

Según Estrella, el campo filosófico español en los albores del Sexenio vivió una auténtica revolución simbólica mediante la cual la filosofía universitaria volvió a cobrar prestigio tras la crisis de la escolástica. Durante la Restauración, donde dos nuevas redes compitieron por el espacio de atención (neokantianos y naturalistas, con propiedades sociológicas particulares), se produjo un nuevo equilibrio en el marco de una readaptación de los debates previos al desafío de la ciencia empírica. El autor concluye sosteniendo la necesidad de situar todo este proceso en el marco de una experiencia internacional, de forma que rompe con la tesis de la irreductible singularidad española.

En «Elitismo y capital cultural en el joven Ortega y Gasset: los orígenes de la dinámica élite-masa en su teoría de las generaciones y del parlamentarismo de notables cultos como ideal político», Jorge Costa nos presenta, parafraseando a Pierre Bourdieu, la ontología política del filósofo madrileño, partiendo de lo que considera dos aspectos esenciales de su obra: el desarrollo de la teoría de las generaciones y su concepción de la relación entre actividad intelectual y política. Costa propone una reconstrucción minuciosa de cómo estas configuraciones filosóficas se conformaron a partir de cuatro elementos.

En primer lugar, la importación de la cultura europea, fundamentalmente la del ámbito germánico, haciéndose eco del juicio de Elorza para quien, en Ortega, «Krause es sustituido por Nietzsche». En segundo lugar, un impen-



Alejandro Estrella González - Rodolfo Gutiérrez Simón

sado constituido por una antropología elitista que se configura como un fondo de metáforas y valoraciones, previo a su teoría de las generaciones y al intento de fundamentar una ontología del ser humano situada históricamente. En tercer lugar, la constitución de un ideal político que se ubica en lo que Costa denomina como un parlamentarismo de notables cultos y que conforma una de las ideas rectoras, perdurables, en la trayectoria de Ortega. Por último, y relacionado con lo anterior, la necesidad de desarrollar una estrategia política de naturaleza esencialmente pedagógica.

La combinación de estos elementos a través de la trayectoria de Ortega, permite dar cuenta de la forma en la que el autor forjó la dialéctica «elite-masa» como motor del fenómeno generacional, así como las oposiciones (forma-cultura/materia, activo/pasivo-inerte, vida/muerte, puro/corrupto) de su elitismo intelectualista, fundamento del ideal político del parlamentarismo de notables. Operando desde una perspectiva sociológica, Jorge Costa nos recuerda cómo este ensamblaje solo se aprecia si nos remitimos a las propiedades que estructuraban la experiencia social y generacional de Ortega.

En «Nación y concepto en Ortega», Rodolfo Gutiérrez se propone mostrar cómo la concepción orteguiana del «concepto» se vincula con el liberalismo del autor. De este modo, el capítulo señala cuánto de «concepto» tiene la forma orteguiana de comprender la nación. Esta clase de planteamientos permite poner a Ortega en la senda de ciertas tendencias de pensamiento liberal de su época, especialmente del mundo anglosajón. Con ello se pone plenamente de manifiesto la crítica a la Modernidad filosófica como hilo conductor de una corriente filosófica del siglo xx capaz de aglutinar en su seno a autores aparentemente discordantes, tales como el propio Ortega, John Stuart Mill y William James. Para llevar a cabo esta propuesta anti-moderna, el texto señalará los límites que implica una desmedida cientifización del mundo a través de la conceptualización de la realidad, y como Ortega aplica este mismo esquema de pensamiento a ámbitos extra-científicos, tales como la política. Ello le permitirá reivindicar la espontaneidad y el vitalismo frente al encorsetamiento y el hieratismo que implica una comprensión meramente conceptual o científica del mundo.

«¿Qué es una escuela intelectual y cómo se detecta?», de José Luis Moreno Pestaña, posee una doble dimensión. Por un lado, se trata de una reflexión sobre el funcionamiento de los mecanismos de transmisión intelectual y los tipos lógicos que podemos discernir. Dada la ubicuidad de este fenómeno en la vida intelectual, lo que nos ofrece Moreno Pestaña es una excelente guía para el estudio de la historia de la filosofía.



Para entender el fenómeno «escuela filosófica», Moreno Pestaña establece un cuadro con tres dimensiones: la dependencia institucional, la existencia de una red de apoyo mutuo y la transmisión de una problemática filosófica. La tabla de verdad arroja ocho combinaciones posibles, de las cuales dos constituyen imposibles empíricos. Las otras seis definen formas particulares de trasmisión generacional. Para empezar una suerte de endogamia social, basada en relaciones de dependencia académica y/o de apoyo mutuo. Muchas veces, el vínculo puramente intelectual viene de la mano de estos entramados sociales. Pero también existen otras combinaciones posibles: promotores institucionales que aceptan de mala gana no ser también referente intelectual, maestros intelectuales sin relevancia institucional, modelos gestados en internados basados en apoyos mutuos de por vida, o la mera transmisión intelectual que tiene lugar desde la atalaya del lector solitario.

La segunda dimensión que caracteriza a esta contribución tiene que ver con el hecho de que Moreno Pestaña no se limita a exponer las combinaciones posibles del fenómeno en cuestión, sino que las presenta a través del estudio de dos casos: José Gaos como discípulo de Ortega en el marco de la escuela de Madrid, y la vinculación de Michel Foucault con Maurice Merleau-Ponty. Desde esta perspectiva, el trabajo de Moreno deriva hacia un ejercicio de filosofía comparada. Los rendimientos son evidentes. Al comparar ambos tipos de transmisión generacional, el autor puede concluir algunos rasgos de la filosofía española de la segunda mitad del siglo xx. Mientras que en Francia la red fenomenológico-católica logró mantener a través de tres generaciones un foco de atención compartido (la problemática del cuerpo), lo cual generó una explosión de creatividad, en España esto no fue posible porque, pese que se partía de condiciones similares, una red homóloga careció de continuidad debido al descrédito en el que cayó en el contexto del franquismo.

Con «De arraigos y desarraigos: recorridos vitales e intelectuales de filósofos republicanos en México, 1938-1950», Aurelia Valero invita a sumergirnos en el mundo del exilio filosófico a través de la comparación de tres filósofos con perfiles lo suficientemente específicos como para lograr transmitir una completa imagen del fenómeno: José Gaos, Eduardo Nicol y García Bacca. Alejándose de una visión encantada del exilio, Aurelia Valero muestra un aspecto esencial de la vida filosófica: cómo las trayectorias intelectuales se truncan, se aceleran o reconvierten, en función de determinadas coyunturas históricas.

Una de las principales variables es el proceso de recepción en un campo filosófico con su propia configuración y espacios relativamente saturados.



Alejandro Estrella González - Rodolfo Gutiérrez Simón

Se impone así a los exiliados el desarrollo de estrategias de adaptación del propio proyecto creativo, con el fin de ocupar, no solo un lugar en el espacio de atención, sino sustento material e institucional. De esta forma, por ejemplo, José Gaos se introduce de lleno en la tradición de la filosofía mexicana a través de la estrategia de «la unidad intelectual de los países en lengua hispana», poniendo con ello las bases para el desarrollo de una historia de las ideas en el pensamiento mexicano.

La trayectoria de Nicol, en cambio, debe sortear mayores obstáculos, debido precisamente a la forma en la que los ritmos biológicos se sincronizan con las posibilidades del campo. Siete años más joven que Gaos, Nicol se encontraba aún en proceso de formación cuando estalla la Guerra Civil, lo que truncó los primeros pasos de su proyecto creativo y constituyó un fardo que arrastró en el exilio y que determinó su trayectoria en México.

Por otro lado, con García Bacca asistimos a la movilización, por un excelente filósofo, de todo un capital social disponible ante la saturación del espacio del exilio y de la propia filosofía mexicana. El éxito de esta estrategia se tradujo, y aquí cabe enlazar el texto de Valero con el de Moreno Pestaña, en un proceso de transmisión intelectual por el cual la lectura que García Bacca realizaba de Sartre pasaría a constituir el acervo del grupo de los Hiperiones, auténtico hito de la filosofía mexicana de los años cincuenta.

El capítulo de José Luis Villacañas, «*El hombre y lo divino*: contexto de un libro», ofrece a los lectores una interesante interpretación de la forja del que quizá sea el texto central de Zambrano. Villacañas señala que *El hombre y lo divino* implica la singularidad de la autora malagueña dentro del mapa de las preocupaciones intelectuales de su momento histórico. Por una parte, el libro implica una reinterpretación del cristianismo capaz de liberar un sentido nuevo de religión no sacrificial –marco general del pensamiento de la autora en el que se incluye la gestación de la obra, que pudo llamarse *Filosofía y cristianismo*–; por otra, se muestra que existe una notoria tensión entre el pensamiento zambraniano y la razón histórica orteguiana de la que pretendía alejarse: Villacañas señala cómo la filosofía de la razón vital de Ortega conlleva estructuras capaces de ir más allá de la razón histórica, en una línea consonante con Unamuno y capaz de plantear la pregunta metafísica por la antropogénesis. En este contexto, Villacañas apunta a que el conflicto entre las posiciones de Zambrano y las de Caillois en torno a lo sagrado y lo divino se muestra como más decisivo que el que pudiera existir entre la autora y Rudolf Otto.

Con «Manuel Sacristán en el marco del marxismo español» José Sarrión se sumerge en la trayectoria del filósofo catalán y muestra su relevancia para

